
LA GUERRA TURCO-RUSA.

El primer anuncio de la guerra turco-rusa fué el discurso de Moscou, pronunciado en este otoño é imbuido en las ideas eslavas que despide hasta de sus piedras esa ciudad, con razon llamada la Santa Roma ó la Sacra Jerusalen de los rusos, en la imaginacion popular exaltada por la riqueza de sus cien áureas cúpulas y por el horror sublime de aquellos patrióticos sacrificios, de aquel incendio, á cuyas siniestras llamaradas huyeron los franceses para perderse en los hielos del Bereuna, perseguidos por el ódio de una raza implacable y herida en su independenciam. Ahora, á las orillas del Pruth, en la frontera de Rumanía, al revistar sus tropas, aquel grito de guerra se repite, amenazando sembrar de nuevo por la península de los Balkanes la desolacion y la muerte. Los optimistas, todavía confiados en reducir la guerra presente á una competencia entre

turcos y rusos, echan de ver con dolor cómo se calla en la proclama imperial aquella protesta, reclamada por las exigencias de la política y tantas veces reproducida en las conversaciones diplomáticas, de no aspirar á ninguna anexión de territorio. Se dice que la espada moscovita busca la emancipación de los cristianos; pero no se dice que dejará en manos de sus actuales poseedores, ó de otros pueblos autónomos, el territorio invadido. Poco á poco, pasará lo mismo que ha pasado en todas las últimas guerras: el vencedor, en su soberbia y en su deseo de no repetir iguales conflictos, creará no haber conseguido victoria alguna si no la ha sancionado con la conquista. Así es que cuantos alentaban á Rusia creían hallarse frente á frente de un Mesías redentor, y se encuentran frente á frente de una desapoderada ambición.

El primer acto de la guerra ha vulnerado los tratados internacionales. Imposible comprender para qué estos códigos europeos, con nombre de tratados, se escriben, si no obligan á nadie y resultan letra muerta cada uno de sus artículos. Fundada Europa, después de las revoluciones y tras la reacción realista, sobre los tratados de 1815, conocidos con la denominación de *Tratados de Viena*, comenzó á destruirlos en cuanto comenzaron los pueblos á despertarse, por creerlos contrarios

al espíritu de nuestro siglo y propios sólo para conservar el desmembramiento de las naciones y la autoridad de los déspotas. Y hé aquí por qué causa, principios saludables como estos pactos internacionales de mutuo apoyo y auxilio, preparados á épocas de tendencias verdaderamente humanitarias, se perdieron y malograron, explotados en su propio provecho por el despotismo. Y sin embargo, no puede negarse que estos convenios han mejorado las relaciones internacionales y la naturaleza de las guerras, destruyendo el corso, asegurando la propiedad de los neutrales, poniendo algun alivio á la exacerbación de la guerra, y es bien triste que á cada paso resalte su inutilidad y su manía, como si una fuerza ciega destruyera los mejores propósitos y apagára las más hermosas ideas. El primer paso de Rusia ha hollado y destruido el tratado de París.

El principado de Rumanía es casi un principado independiente. Puede decirse que, exceptuando las relaciones exteriores, cuya representación le disputa Turquía, tiene todos los atributos de nación soberana. Pero, incluida en cierta distribución geográfico-política dentro del Imperio turco, siempre que la guerra exterior se empeñe, resultarán dificultades invencibles. Rumanía pretende el carácter de neutral, y que su neutralidad

tenga la garantía de Europa, como le sucede á la neutralidad de Bélgica y á la neutralidad de Suiza. Últimamente, en dos ocasiones supremas, cuando se inició la conferencia europea y se proclamó la nueva Constitución turca, hirieron sus clamores á los representantes de Europa, que no pudo acceder á demandas, ni bien fundadas en el derecho internacional, ni bien justificadas por las tradiciones diplomáticas. Un artículo del tratado de París, artículo confuso, concede á Turquía el derecho de ocurrir con el gobierno rumano, en caso de agresión extranjera, á la defensa nacional. Y el caso ha sobrevenido, y la advertencia turca ha acompañado al caso; pero Rumanía olvida las leyes internacionales y se considera como Estado independiente y autónomo, cuya única obligación consiste en el pago de algunos millones de francos anualmente al Imperio turco. Así es que, no pudiendo contar con el auxilio de Europa, debía proveer por sí misma á su propia seguridad. Su posición geográfica, entre el Imperio turco y el Imperio ruso, la destina tristemente á campo de batalla donde sobrevenga el primer encuentro y el primer choque entre los dos beligerantes. El río Pruth la separa de los rusos; el río Danubio la separa de los turcos. Por el Pruth podía acometer su frontera y violar su independencia un pueblo con el cual sólo tiene las rela-

ciones existentes entre los pueblos autónomos; por el Danubio podía acometer su frontera y violar su independencia un pueblo con el cual tiene relaciones de cierto vasallaje, no extinguido todavía en los códigos internacionales. Sin embargo, los rumanos han juntado sus tropas allá en las fronteras del Danubio, por donde los turcos podían venir, y han desguarnecido el Pruth, por donde podían venir los rusos. Y los rusos han venido, y han entrado, y han recorrido sus campiñas, y se han instalado como en su casa en Jassy, destruyendo ya una de las barreras que la diplomacia les había opuesto, y violando uno de los más fundamentales artículos del tratado de París. Cierto es que el príncipe Carlos ha protestado; cierto que ha cedido á la fuerza; cierto que ha convocado apresuradamente á las Cámaras; pero también es cierta su flojedad manifiesta en todos estos actos y su afición al más impaciente y temerario de los dos enemigos en guerra. ¡Triste nacionalidad aquella, que á cada paso ve su territorio violado por tropas extranjeras, sus ciudades por extranjeros ocupadas, sus ciudadanos dispersos, huyendo á un invasor, tanto más de temer, cuanto que no es dado adivinar á primera vista si viene como enemigo ó como amigo, en las tinieblas amontonadas sobre los problemas de Oriente! Los rusos, pues, han penetrado por tres puntos

distintos en la tierra rumana, cuyo espacio parece hoy como una dilatación de Rusia. Y el proceder de Rumanía tiene importancia, no tanto por sí mismo, como por la política que revela. El mundo entero sabe que, mientras el príncipe Cárlos reine, será Rumanía un feudo, y su Gobierno un teniente de Alemania. El mundo entero sabe que, en los últimos tiempos, cuando el príncipe Bismarck ejercía la alta magistratura política, Rumanía no siguió el movimiento del Montenegro y de la Sérvia, impulsados por los agentes rusos, demostrando de esta suerte una política bien diversa de la política eslava. Ahora, indudablemente, Rusia ha recordado á Alemania que sin la neutralidad moscovita no hubieran sucedido las victorias de Sadowah y de Sedan; deuda de gratitud impresa en la memoria del Emperador y borrada en la memoria de su Canciller. Por consecuencia, Rumanía ha debido recibir de su verdadero protector, el Imperio alemán, orden de no hostigar á Rusia. Y hé aquí la Rumanía invadida, y declarada la guerra.

Tres documentos principales ilustran estos primeros y críticos instantes: la proclama del Emperador, la circular del Canciller ruso y la circular del Gobierno turco. La proclama del Emperador tiene todos los aspectos de una proclama oriental, dicha por aquel que á caballo es gene-

ralísimo; en el trono, Emperador; bajo las bóvedas de la iglesia, Pontífice máximo; especie de Dios sobre la tierra, como los que se encuentran entre las ruinas de los antiguos imperios asiáticos. Así invoca á Dios como un profeta, y envía, en nombre de Dios, los pueblos á la muerte, como si ejerciera un ministerio providencial y divino. Esta proclama, que huele á guerra religiosa, y que parece dicha por un Mesías guerrero, cabalgando sobre un caballo apocalíptico cuyas crines destilan sangre, ha resonado con sublime resonancia en la ciudad de los profetas panslavistas, en Moscou, y se ha leído en los púlpitos de todas las iglesias, para mostrar que el Pontífice ha agarrado la espada exterminadora y se apercibe á combatir con los infieles. El Emperador Alejandro, que desde el comienzo de su reinado parecía, por emancipador de los siervos y por enemigo de la guerra, un príncipe europeo, resulta ahora una especie de cosaco ortodoxo animado por la idea de Katkof ó por las constantes aspiraciones del más sólido panslavismo. Así oye la voz que oían Atila, Genserico, Atilfo, Alarico, oye la voz que les llama á poseionarse de una ciudad misteriosa, de Constantinopla, tan codiciada por él desde la estepa, como Roma por los antiguos germanos.

Las dos circulares de las dos Cancillerías ex-

tranjeras son los alegatos de un pleito. Mientras el Canciller moscovita expone el triste estado de los cristianos y la crueldad de Turquía, el Canciller turco expone la sinceridad de sus promesas y lamenta las injustas agresiones de Rusia. El uno dice que su enemigo ha desoido el voto de Europa, y dice el otro que su enemigo ha violado el derecho europeo. Para Rusia nada hay tan natural como su intervencion directa en los asuntos de Turquía y en los intereses de los cristianos, y para Turquía nada hay tan anómalo. Aquella potencia cree que los derechos de los cristianos se encuentran á merced de la arbitrariedad de los turcos, y esta potencia cree que los súbditos de Turquía tienen una seguridad superior á la seguridad de los súbditos de Rusia. Y en tal estado, para dirimir tan grave contienda, se entrega la sentencia á un juez imparcialísimo, competente, al cañon, que resuena en estos momentos con estruendo y que derriba y demuele ciega-mente la fortuna de Europa.

Ahora, en este momento, salta á la vista cuán incierto, y por lo mismo, cuán dañoso ha sido el proceder de Inglaterra. Enfrente de grandes peligros, no hay más remedio que apelar á grandes resoluciones. Cuando Inglaterra se ha acordado de mandar un diplomático tan eminente, un sabio tan ilustre, un conocedor de la cuestion oriental

tan profundo como mi respetado y querido amigo Mr. Layard, todo estaba ya perdido. Los antiguos liberales, oyendo ántes al sentimiento ciego que á la razon fria, extraviaban la opinion haciéndola ver en la espada de Rusia un instrumento de emancipacion y de progreso, con lo cual Rusia encontraba sus cómplices allí mismo donde debia haber encontrado sus naturales enemigos. Luégo el Gobierno británico no influa bastante sobre el Gobierno otomano para moverle á la conducta única que podia conjurar la guerra, para moverle á las reformas verdaderas, rápidas, radicales, capaces de serenar los ánimos y de traer soluciones satisfactorias á la cuestion de Oriente. Por un lado, el error de la oposicion, y por otro lado, la indolencia del Gobierno, han traído las mismas consecuencias funestísimas. Rusia acaba de hablar en público y no ha repetido lo que tenía dicho en secreto. La promesa de renunciar á toda extension de territorio no aparece por ninguna parte, ni en la proclama del Emperador, ni en la circular de su primer ministro. Y el Pruth ha sido atravesado, y el pueblo rumano herido en su independencia, y el Danubio amenazado, y la guerra empeñada, y la invasion decidida, y la suerte de Europa entera, de esta Europa tan culta, puesta entre las legiones de Turquía y las legiones de Rusia, á merced

completamente de dos ejércitos. Nos encontramos, pues, en supremo trance y en suprema angustia.

Todas las ventajas de la guerra volviéronse, durante el verano, del lado de los turcos, y desde comienzos del invierno se han vuelto del lado de los rusos. El calor favorece á los soldados de los desiertos inacabables; el frío, á los soldados de las nieves eternas. La Naturaleza hace su oficio reparador ó destructor, sin curarse para nada de la causa ó de la idea que favorece con sus implacables elementos. La guerra entra, pues, en el número de las fatalidades que nos oprimen y que coartan con sus fuerzas ciegas la humana libertad, como los terremotos, como las tempestades, como las pestes.

La campaña de Asia, en que brilló con esplendor tan inusitado la media luna, concluye á favor de la cruz griega. Los turcos se han refugiado en Erzeroum, y los rusos se aperciben á declarar buena presa los territorios de la Armenia, aumentando así el número de conquistas que desde los tiempos de Pedro el Grande han hecho de su region vasto imperio, semejante al que tuvieron los Ciro y los Tamerlanes antiguos. Armenia, célebre por sus montes, entre los cuales se eleva el Ararat, consagrado en las tradiciones bíblicas; célebre por sus rios, entre los cuales se encuen-

tran aquellos en cuyas orillas y bajo cuyos sauces lloraron los profetas hebreos su largo cautiverio; célebre por su posición geográfica, que le diera importancia tan decisiva en las mayores guerras asiáticas de otros tiempos, en el combate de Ciro con los medos, en las conquistas de Alejandro sobre los persas, en los conflictos de Mitrídates y de Antíoco con los romanos; Armenia, dividida hoy entre turcos, rusos y persas, pasará á manos de Rusia, soberana en Asia de tierras innumerables, y que podrá, desde las mesetas del Asia Menor, enseñorearse así de Persia como de Turquía, y amenazar á Teheran y á Constantinopla con sus continuas invasiones, posesionándose cada día más fuertemente del mar Negro y corriéndose más deprisa hácia el golfo Pérsico, árbitra suprema del Oriente.

La campaña en Europa no ha sido ménos adversa y nefasta para los invadidos. Chumla y Silistria quedan completamente abiertas á las asechanzas del vencedor; Plewna, sitiada con empuje y tenacidad, fia toda su defensa á los víveres que le van faltando, y cuya falta la obligará tarde ó temprano á rendirse. Y entre tanto aplican los rusos á Bulgaria el mismo método que aplicaron los alemanes á Lorena y Alsacia: nombran prefecto, y se enseñorean de un país que devolverán cuando les plazca, si alguna vez les

place. El ejército rumano, que, contra la letra de los pactos internacionales y contra el ministerio confiado por la civilización occidental á sus débiles fuerzas, lejos de amortiguar el choque entre los dos colosos de Oriente, lo ha precipitado; ese ejército, desertor de sus deberes militares, ya no existe, embebido en el gran contingente ruso como una división cualquiera de la Siberia ó de la Ukrania. De suerte que, en Bulgaria y en Armenia, á las orillas del Danubio y á las orillas del Tigris, los emancipadores de las razas oprimidas, de las nacionalidades muertas, de las tierras manchadas por las letales sombras mahometanas, se han convertido en acaparadores de vastos territorios, dando á su guerra de libertad el carácter por mí señalado desde los comienzos de este conflicto: el carácter de una guerra de conquista.

Bien es verdad que no habíamos menester de una excesiva penetración para adivinarlo y comprenderlo fácilmente. Los grandes inspiradores de esta guerra, aquellos que en Moscou se recogen como en apartado santuario, y á la sombra de sus áureas cúpulas, resplandecientes cual tronos aéreos de santos moscovitas, cual calendario plástico en piedras y en mosaicos, sueñan con una leyenda de Edad Media, con una guerra de supersticiones, con una especie de tutela ortodoxa

sobre toda Europa, conversa al cristianismo oriental por los Sínodos militares de la Santa Moscovia; en reuniones y en periódicos, ora con la palabra profética de Atkasoff, ora con la pluma penetrante de Katkof, anuncian que Rusia no puede ceder, como no cambien los pueblos cristianos la tutela turca por la tutela rusa, cuya virtud y cuya eficacia se conocen por el ejemplo que ofrece al mundo la feliz y envidiada Polonia. Si la guerra va mal, dicen que el honor no permite rehuirla; y si la guerra va bien, dicen que el interés aconseja explotarla. Por consiguiente, no vemos con claridad cuándo llegará el día de que la matanza cese y se detenga ese diluvio de sangre, en que parece ahogarse todo sentimiento de humanidad y toda idea de justicia.

El discurso último de Disraeli no ha bastado á ilustrarnos sobre este difícilísimo punto. Si le quitais el epigrama asestado al pecho de Gladstone, cuando le dice que los cosmopolitas aman á todos los pueblos menos al suyo propio, no se encuentra en él, ni idea que no sea vulgar, ni frase que no sea vulgarísima. Abandonado de la diplomacia, que no ha querido asistir á la fiesta; enfrente del embajador turco, que ha brindado, ignoro si con vino ó con sangre; el primer ministro de Inglaterra ha dicho cómo la mejor manera de servir á Turquía estaba en abandonarla

á sus propias fuerzas. Justamente, y abandonada á sus propias fuerzas, los Sultanes se han sucedido como los vértigos en las cabezas enfermas; los crímenes mayores se han perpetrado hasta en el palacio de los ministros; el único estadista que amaba desinteresadamente á Turquía y contaba con una política liberal y fija ha caído en desgracia y ha andado errante por el destierro; los ejércitos más heroicos se han disuelto; Armenia está casi perdida, y Bulgaria eleva sus fortalezas como picos aislados sobre universal inundación; el pobre y prisionero Murad conspira en sus hierros por volver al sólio de donde lo ha derribado su impotencia; los partidarios de unos y otros pelean en los serrallos mientras los ejércitos caen desplomados en los campos; la estrangulación vuelve á ahogar la protesta; y Constantinopla se siente amenazada por el conquistador que desde luengos siglos la busca y la codicia. De suerte que ha hecho bien el primer ministro británico pronunciando con santa humildad una palabra que resume admirablemente su situación crítica en Oriente: la palabra *paciencia*. Es una virtud cristiana, muy cristiana; pero poco, muy poco guerrera. ¿Se habrá pronunciado para invitar al Imperio británico y al Imperio turco á una resignación forzosa en su derrota?

RUMANIA Y AUSTRIA

EN LA

GUERRA DE ORIENTE.

Mientras los rusos acampan, como en tierra propia, por las llanuras de Rumanía, contrafuerte elevado entre Turquía y Rusia, á fin de evitar los choques continuos de dos potencias tan implacablemente enemigas, publican los periódicos un convenio diplomático, mediante cuyas cláusulas queda el principado convertido en verdadera provincia moscovita, como si esta guerra de emancipación no pudiera iniciarse sino revelando en seguida, por una serie de actos fatales, su carácter predominante, su carácter de guerra de conquista. Hubiéramos comprendido que, débil Rumanía, desamparada de Europa, sin seguro para su neutralidad, sin esperanza de conservar su independencia, dejase á la fuerza y á la violencia disponer de sus destinos, limitándose á formular una protesta, elevada y elocuente, para